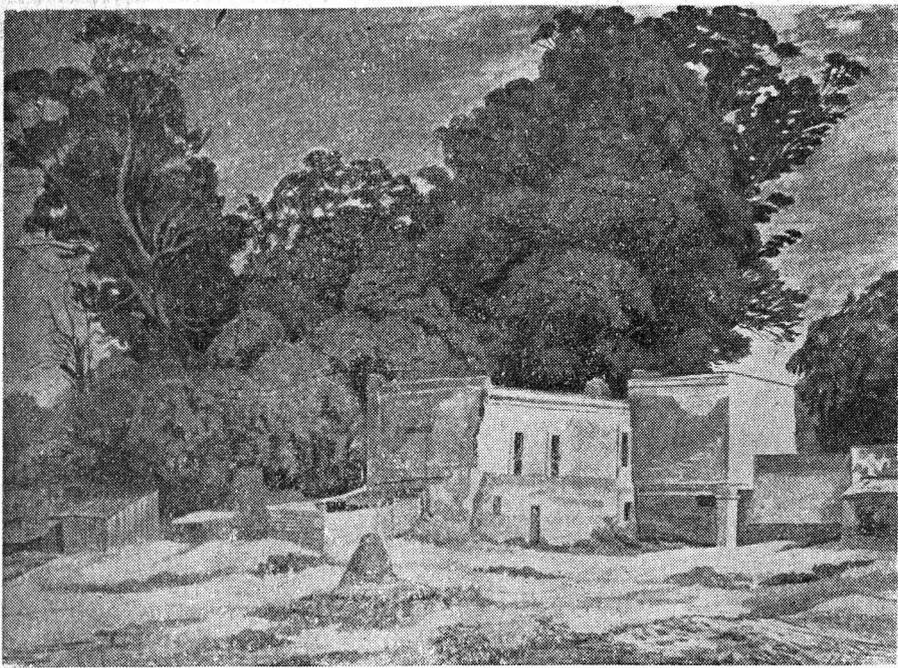
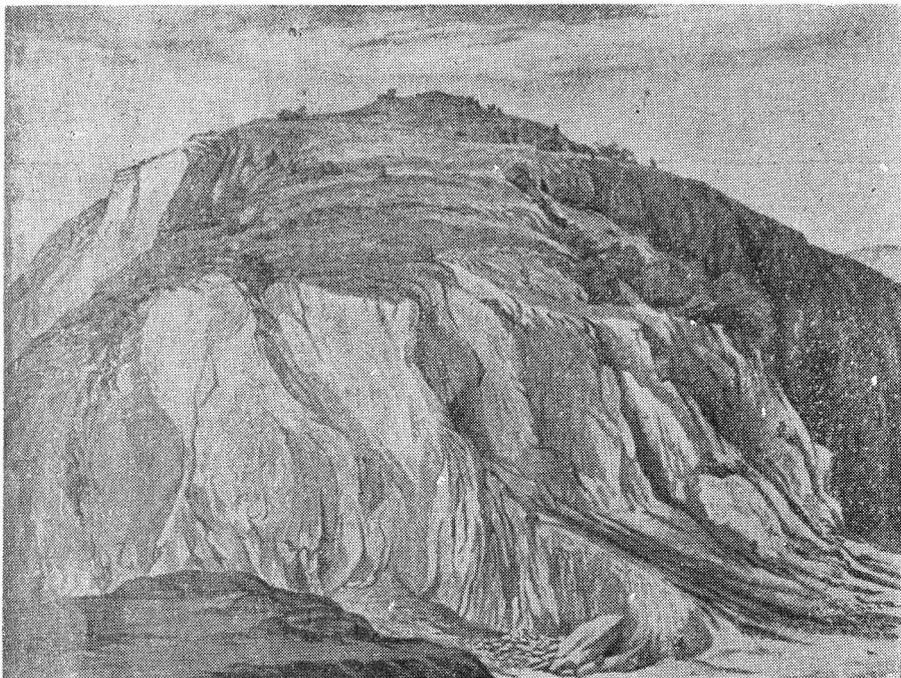


Unos Cuadros

Por Antonio



"Paisaje de Tacuba." Gouache. 1946.



"Cerro de la Villa." Oleo. Colección de la Secretaría de Bienes Nacionales, 1947.



"Lago de Chapultepec." Oleo. 1946.
Colección de la señora Elena del Puerto Waterland.



Retrato de Ana Waterland de
Peña. Oleo. 1942.

Feliciano Peña es un pintor de asombros primarios. Tiene, como pocos, esa cualidad que ayuda a la formación de artistas verdaderos: la juventud del espíritu. Quién sabe hasta qué punto la cultura libresca, el torturarse por problemas que van más allá de la simple alegría de crear, obstruyan y deformen la visión de quien sólo aspira a robarle al mundo su color y un gesto determinado. No es que atrevamos un elogio del artista ignorante; pero conservar la niñez en los ojos, al margen de la experiencia adulta, puede recomendarse como factor de pureza en lo que se pinta.

No necesita Peña encontrar la composición que las señoritas de buena familia, aficionadas a los pinceles, califican de bonita. Una roca desnuda, un árbol, un grupo de pepenadores le dan materia suficiente para expansionarse. Y ante el cuadro, grabado o gouache concluido, se nota el deleite que impulsó la mano del creador, el gozo con que trabaja.

Nos hallamos ante uno de los pintores más mexicanos, entendido el término en su alcance de espontánea ingenuidad, de antirretórica, de flúida sen-

Feliciano Peña

vedo Escobedo

cillez. Hay pintores que rehuyen los datos reales de nuestro paisaje inmediato, porque consideran que éste se aparta del concepto europeo: de buena gana dictarían pena de muerte contra los magueyes, el huarche, las humildes casitas aldeanas revestidas de azul añil, porque les impiden integrar un conjunto renacentista o a la última moda de París.

Feliciano Peña no se acoge al subterfugio de recomponer el mundo que es su mundo. Le sobra lirismo para transmitirlo a un muro en ruinas, a unos vendedores ambulantes, a un escueto cacharro. Sus colores, elegidos con madura seguridad, así como el pulso que sabe dónde hay que recargar el acento, se encargan de fijar en la tela ese aire poético que caracteriza a la mayoría de sus obras.

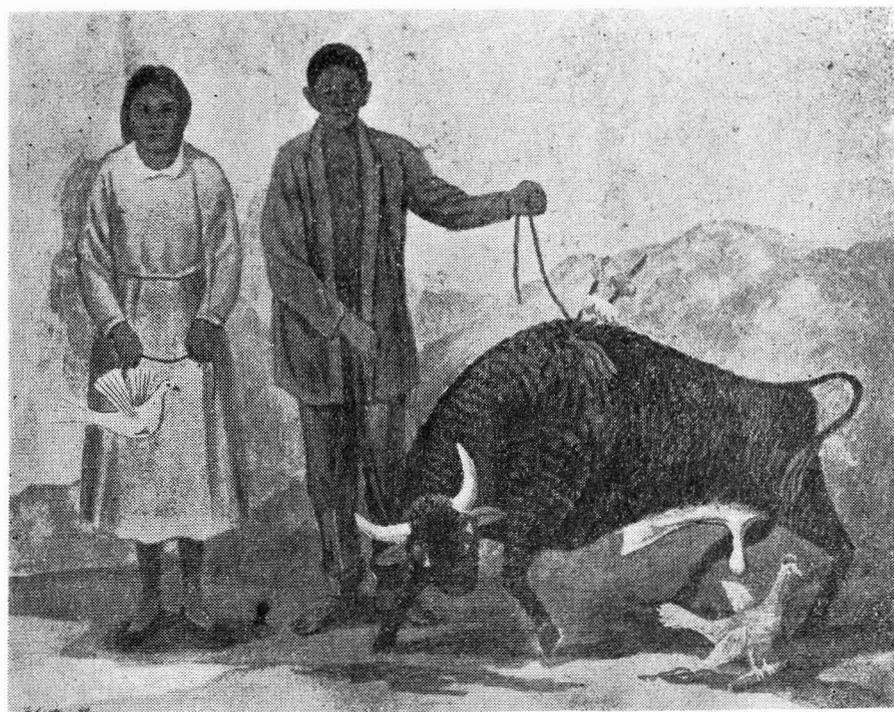
Entre los cuadros suyos que aquí presentamos, el titulado "Lomas de Tacubaya" sintetiza su empuje de pintor. Es duro y delicado, vasto y mínimo. Una verdad telúrica del tamaño del horizonte se impone al espectador. Y nos da a escala máxima —mientras otra cosa no suceda— una muestra del dominio armonioso, amoroso, que tiene de su oficio Feliciano Peña.



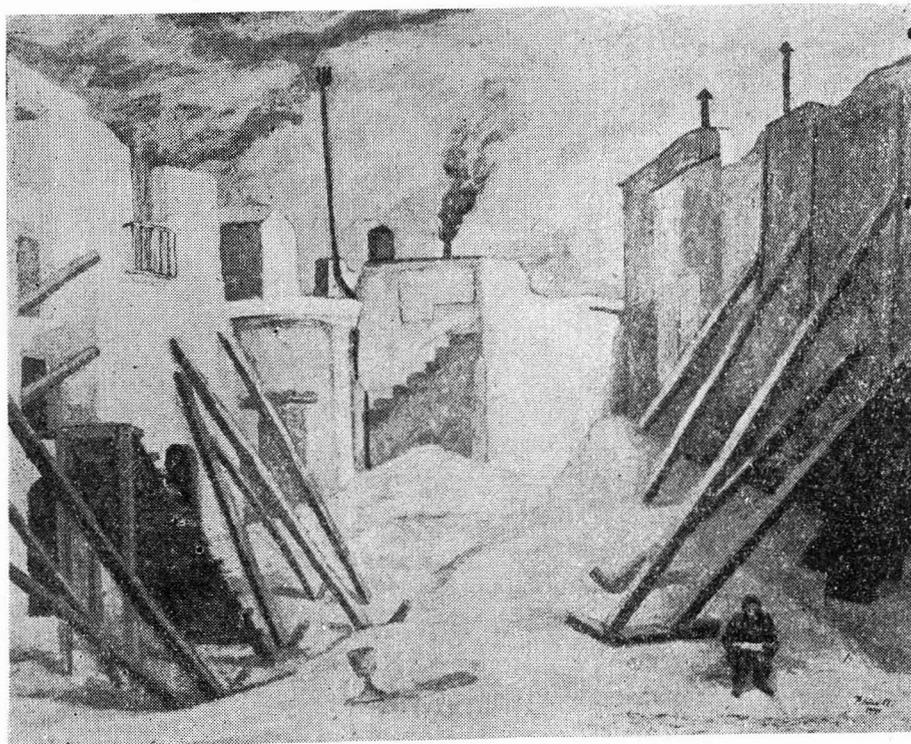
Retrato del niño Marcos Peña
W. Oleo. 1943.



"Lomas de Tacubaya." Oleo. 1945.



"Vendedores de piñatas." Gouache. 1959.



"Demolición." Oleo. Colección del Ing. José Morillo Safa. 1941.